

SAN BUENVENTURA : LEYENDA MENOR (=Lm)

Lm 1. Conversión de francisco

Lm1.1 Ha aparecido la gracia de Dios, Salvador nuestro, en estos últimos tiempos en su siervo Francisco, a quien el Padre de las misericordias y de las luces previno con tan copiosas bendiciones de dulzura, que - según se desprende claramente de todo el decurso de su vida - no sólo le sacó de las tinieblas del mundo a la luz, sino que lo hizo insigne por la prerrogativa y méritos de sus excelsas virtudes y lo esclareció de forma extraordinaria mediante los preclaros misterios de la cruz manifestados en torno a su persona.

Lm1.1 Oriundo de la ciudad de Asís - región del valle de Espoleto - , fue llamado primeramente Juan por su madre, luego Francisco por su padre; y, aunque conservó el nombre impuesto por el padre, no abandonó el significado que contenía el nombre, señalado por su madre. Y si bien en su juventud se crió en un ambiente de mundanidad entre los vanos hijos de los hombres y se dedicó - después de adquirir un cierto conocimiento de las letras a los negocios lucrativos del comercio, con todo, asistido por el auxilio de lo alto, no se dejó arrastrar por la lujuria de la carne en medio de jóvenes lascivos, ni en el trato con avaros mercaderes puso su confianza en el dinero y en los tesoros.

Lm 1.2 Había Dios infundido en lo íntimo del joven Francisco una cierta generosa compasión hacia los pobres, unida a una suave mansedumbre, la cual, creciendo con él desde la infancia, llenó su corazón de tanta benignidad, que - convertido ya en un oyente no sordo del Evangelio - se propuso dar limosna a todo el que se la pidiera, máxime si alegaba el motivo del amor de Dios. En la misma flor de su juventud se obligó con firme promesa ante el Señor a no negar nunca jamás - en cuanto le fuera posible - la limosna a los que se la pidieran por amor de Dios.

Lm 1.2 No dejó de cumplir hasta su muerte tan noble promesa, y con ello llegó a conseguir un aumento copioso de gracia y amor de Dios. Aunque continuamente ardía en su corazón la llama del amor divino, con todo, en su adolescencia - implicado como estaba en las preocupaciones terrenas - ignoraba todavía los secretos arcanos del lenguaje celestial, hasta que, haciéndose sentir sobre él la mano del Señor, fue afligido exteriormente con las molestias de una larga enfermedad, al tiempo que en el interior de su alma fue iluminado con la unción del Espíritu Santo.

Lm 1.3 Después que hubo recuperado un tanto las fuerzas corporales y cambiada a mejor su disposición interior, inesperadamente le salió al encuentro en su camino un caballero, noble por su linaje, pero pobre de bienes materiales. Recordando entonces al Rey generoso y al Cristo pobre, se sintió tan movido a compasión de aquel hombre, que - despojándose de los vestidos elegantes con que de nuevo se había engalanado - cubrió al punto con ellos al caballero necesitado.

Lm 1.3 A la noche siguiente, cuando estaba sumido en profundo sueño, Aquel por cuyo amor había socorrido al pobre caballero se dignó mostrarle en revelación un precioso y grande palacio lleno de armas militares, marcadas con la enseña de la cruz. Además se le prometió y se le aseguró con toda certeza que todo cuanto había contemplado en aquella visión sería suyo y de sus caballeros si es que enarbolaba con firme decisión el estandarte de la cruz. A partir de este momento, retrayéndose de la vida agitada del comercio, buscaba la soledad, amiga de corazones adoloridos. Allí se dedicaba, incesantemente y con gemidos

inefables, a pedir al Señor que le mostrara el camino de la perfección, y, tras largas y reiteradas plegarias, mereció ser escuchado en sus deseos.

Lm 1.4 Un día en que oraba así, retirado en la soledad, se le apareció Cristo Jesús en la figura de crucificado, penetrándole tan eficazmente aquellas palabras del Evangelio: El que quiera venirse conmigo, que se niegue a si mismo, que cargue con su cruz y me siga, que su alma se sintió abrasada en un incendio de amor, al mismo tiempo que fue colmada del ajenjo de la compasión. En efecto, ante tal visión quedó su alma derretida, y tan entrañablemente se le grabó en la médula de su corazón la memoria de la pasión de Cristo, que casi de continuo veía con los ojos del alma las llagas del Señor crucificado y apenas podía contener externamente las lágrimas y los gemidos.

Lm 1.4 Una vez que por amor de Cristo Jesús había despreciado la hacienda toda de su casa, reputándola por nada, creía haber encontrado el tesoro escondido y el brillo de la perla preciosa; y, atraído por su deseo, se disponía a desprenderse de todos los bienes y a permutar - al modo divino de comerciar - el negocio mundano por el evangélico.

Lm 1.5 Salió un día al campo a meditar -, y, paseando junto a la iglesia de San Damián - que por su excesiva antigüedad amenazaba ruina -, movido por el Espíritu, entró en ella a orar. Prostrado ante una imagen del Crucificado, se sintió inundado durante la oración de una gran dulcedumbre y consolación. Fijó sus ojos, arrasados de lágrimas, en la cruz del Señor, y he aquí que oyó con sus oídos corporales una voz salida de modo maravilloso desde la misma cruz, que por tres veces le dijo: "Francisco, vete, repara mi casa, que - como ves - está a punto de derrumbarse Francisco, vete, repara mi casa, que - como ves - está a punto de derrumbarse toda ella!"

Lm 1.5 Ante la admirable advertencia de voz tan singular, el varón de Dios se sintió al principio estremecido de terror, luego se llenó de gozo y asombro, y se levantó en seguida, todo dispuesto a dar cumplimiento al mandato de reparar la fábrica material de la iglesia, aunque aquellas palabras se referían principalmente a la Iglesia, que Cristo había adquirido con el precioso intercambio de su sangre, según el Espíritu Santo se lo dio a entender y él mismo lo reveló más tarde a sus compañeros más íntimos.

Lm 1.6 Poco después, desprendiéndose - como pudo -, por amor a Cristo, de todas las cosas, ofreció dinero al pobrecillo sacerdote de dicha iglesia, encargándole lo invirtiera en su reparación y en la ayuda de los pobres. Al mismo tiempo le pidió humildemente que le permitiera convivir con él durante algún tiempo. El sacerdote accedió a esto último, pero rehusó el dinero por temor a los padres. Entonces aquel verdadero despreciador ya de las riquezas arrojó el peso del metal a una ventana, estimándolo cual si fuera vil lodo.

Lm 1.6 Pensando, empero, que con esto se habría granjeado contra sí el furor de su padre, para dar tiempo a que se calmara su ira, se escondió en lo oculto de una cueva, entregándose al ayuno, a la oración y a las lágrimas. Por fin, inundado de una inefable alegría espiritual y revestido de una fuerza de lo alto, salió confiadamente afuera y entró con decisión en la ciudad. Al verle los jóvenes con el rostro escuálido y cambiado en sus ideas, pensaban que había perdido el juicio, y - como a loco - le arrojaban el lodo de las calles y lo insultaban con voces desaforadas. Mas el siervo de Dios, sin descorazonarse ni inmutarse en absoluto por ninguna injuria, lo soportaba todo, haciéndose el sordo.

Lm 1.7 Pero el más furioso y frenético de todos se mostraba su propio padre, el cual - como si hubiera olvidado la compasión natural - arrastró a su hijo a casa y comenzó a atormentarlo con azotes y cadenas, a fin de que, agobiando el cuerpo con molestias, moviera su ánimo a anhelar las delicias del mundo.

Lm 1.7 Pero, convencido del todo por experiencia de que el siervo de Dios estaba muy dispuesto a sufrir por Cristo cualquier clase de vejaciones, y viendo además claramente que era imposible apartarlo de su propósito, se puso a insistirle vivamente a que fuera consigo al obispo de la ciudad para hacer en sus manos renuncia al derecho de la herencia paterna. El siervo de Dios aceptó sin resistencia alguna esta propuesta; y tan pronto como llegó ante la presencia del prelado, sin ninguna tardanza ni vacilación, sin pedir explicaciones ni proferir palabra alguna, se despojó hasta tal punto de todos sus vestidos, que incluso se desprendió de los calzones, y - como ebrio de espíritu - no sintió horror a quedar ante todos completamente desnudo por amor de Aquel que por nosotros colgó desnudo de la cruz.

Lm 1.8 Desembarazado ya el despreciador del mundo de la atracción de los deseos terrenos, abandona la ciudad, y mientras seguro y libre cantaba en lengua francesa, a través de los bosques, las alabanzas del Señor, saliéronle al encuentro unos ladrones; pero el pregonero del gran Rey no se atemorizó ni dejó de cantar, puesto que era un caminante semidesnudo, desprovisto de todo, y además porque, a imitación de los apóstoles, se alegraba en la tribulación.

Lm 1.8 De allí, el amante de toda humildad se dirigió a prestar Sus servicios a los leprosos. Pretendía con ello someterse al yugo de la servidumbre en favor de las personas miserables y despreciadas y aprender el perfecto desprecio de sí mismo y del mundo antes que enseñarlo. Al principio, los leprosos le producía mucha repugnancia superior a la que pudiera causarle cualquier otra clase de gente; pero, infundiéndole el Señor una gracia muy copiosa, se entregó a su servicio con un corazón tan humilde, que les lavaba los pies, les vendaba las heridas, les extraía la podre y les limpiaba las llagas purulentas. Embriagado por un inaudito y extremado fervor, se lanzaba a besar las llagas ulcerosas, poniendo su boca en el polvo, para que, saturado de oprobios, pudiera someter la arrogancia de la carne a la ley del espíritu y, abatido el enemigo doméstico, conseguir pacíficamente el dominio de sí mismo.

Lm 1.9 Consolidado ya en la humildad de Cristo y hecho rico en la pobreza, aunque nada tenía en absoluto, comenzó, - siguiendo la orden que se le había dado desde la cruz - a reparar la Iglesia con tal solicitud, que sometía al peso de las piedras su cuerpo extenuado por los ayunos y no sentía vergüenza de pedir ayuda y limosna incluso a aquellos entre quienes había vivido en abundancia. Asistido por la devoción de los fieles, que ya empezaban a reconocer la singular virtud del varón de Dios, reparó no sólo la iglesia de San Damián, sino también las iglesias ruinosas y abandonadas del príncipe de los apóstoles y de la Virgen gloriosa, quedando así significado misteriosamente, mediante obras materiales y externas, lo que Dios se disponía a realizar más tarde espiritualmente por medio de su siervo.

Lm 1.9 Pues al modo de las tres iglesias restauradas bajo la guía del santo varón, así sería renovada de triple manera la Iglesia según la forma, regla y doctrina de Cristo dada por el mismo Francisco. Del mismo modo, la voz que se le dirigió desde la cruz instándole por tres veces el mandato de reparar la casa de Dios, era ya un signo y preludio de lo que hoy vemos realizado en las tres Ordenes por él fundadas.

Lm 2 Fundación de la religión y eficacia de la predicación

Lm 2.1 Concluida ya la obra de restauración de las tres iglesias y morando de continuo en la que estaba dedicada a la Virgen, por los méritos e intercesión de aquella que nos entregó

al que es el precio de nuestra salvación, logró encontrar el camino de la perfección mediante el espíritu de la verdad evangélica que le había infundido el mismo Dios.

Lm 2.1 En efecto, cuando un día, dentro de la celebración de la misa, se leía aquel texto del evangelio en que se prescribe a los discípulos enviados a predicar la forma evangélica de vida, esto es, que no posean oro ni plata, ni tengan dinero en sus fajas; que no lleven alforja para el camino, ni usen dos túnicas, ni calzado, ni se provean tampoco de bastón, nada más oír estas palabras, el Espíritu de Cristo lo ungió y lo revistió de tal fuerza, que lo transformó en copia viva de la predicha forma de vida, no sólo por el conocimiento y afecto, sino hasta en su conducta y en el modo de vestir. Pues al momento se quitó el calzado, arrojó el bastón, abandonó la alforja y el dinero y, contento con una sola túnica, se despojó de la correa, y en lugar del cinto tomó una cuerda, poniendo toda su solicitud en llevar a cabo lo que había oído y en ajustarse completamente a la forma de vida apostólica.

Lm 2.2 Así, pues, todo abrasado por la ardiente fuerza del Espíritu de Cristo, comenzó, cual otro Elías, a ser celoso pregonero de la verdad, comenzó a animar a algunos a la práctica de la justicia perfecta y a invitar a todos a la penitencia. Sus palabras no eran vacías ni objeto de risa, sino llenas de fuerza del Espíritu Santo, que penetraban hasta la médula del corazón en tal grado, que los oyentes se sentían altamente impresionados, y con su poderosa eficacia quedaban ablandadas las mentes obstinadas. Habiendo llegado a conocimiento de muchos los sublimes y santos ideales de Francisco tanto por la verdad de su sencilla doctrina como de su vida, a la luz de su ejemplo comenzaron algunos a animarse a hacer penitencia y a unírsele a él, adoptando su género de vida y su vestido, habiendo dejado antes todas las cosas.

Lm 2.2 El humilde varón decidió dar a éstos el nombre de hermanos menores. Completado ya el número seis con los hermanos que respondieron a la llamada de Dios, su piadoso padre y pastor se estableció en un lugar solitario, donde con gran amargura de corazón deploraba la vida de su adolescencia, transcurrida no sin culpa, y pedía perdón y gracia para sí y para la prole que había engendrado en Cristo. De pronto le sobrevino un extraordinario gozo y fue cerciorado de haber sido perdonados plenamente - hasta el último cuadrante - todos sus pecados. Arrebatado luego fuera de sí, todo envuelto en una luz vivificante, vio con claridad lo que había de suceder en el futuro respecto a su persona y a sus hermanos. El mismo, hablando familiarmente, manifestó dicha visión para confortar a su pequeña grey, anunciando el desarrollo y la dilatación de la Orden, que, por la clemencia de Dios, iba a producirse muy próximamente.

Lm 2.2 No pasaron muchos días y ya se les agregaron algunos otros hermanos, hasta completar el número doce. Entonces decidió el siervo del Señor presentarse con aquel grupo de hombres sencillos ante la Sede Apostólica para pedir humilde e insistentemente a la misma autoridad de la Santa Sede que otorgara la plena confirmación de la norma de vida que el Señor le había mostrado y que él mismo había compuesto en pocas palabras.

Lm 2.4 Apresurándose, pues - conforme a la decisión tomada -, a comparecer, junto con sus compañeros, ante el sumo pontífice el señor Inocencio III, Cristo, fuerza y sabiduría de Dios, se dignó en su clemencia prevenirle a su vicario, advirtiéndole mediante una visión que prestase favorable audiencia y benigno asentimiento a las súplicas del Pobrecillo. En efecto, vio en sueños el romano pontífice cómo estaba a punto de derrumbarse la basílica lateranense y que un hombre pobrecito, de pequeña estatura y aspecto despreciable, la sostenía, arrimando sus hombros a fin de que no viniese a tierra. Al observar el sabio prelado la pureza y sencillez de alma del siervo de Dios, su desprecio del mundo, amor a la

pobreza, la firmeza en su propósito de perfección, celo por las almas y el encendido fervor de Su santa voluntad, exclamó:

Lm 2.4 Este es, en verdad, el que con sus obras y su doctrina sostendrá la Iglesia de Cristo! Por eso se sintió desde entonces atraído hacia él por una especial devoción, y, accediendo en todo a sus peticiones, aprobó la Regla, le dio la encomienda de predicar la penitencia, le otorgó todo lo que se le había pedido y le prometió que más tarde le concedería generosamente otros muchos beneficios.

Lm 2.5 Apoyado entonces Francisco en la gracia celestial y en la autoridad del sumo pontífice, emprendió con gran confianza el camino de retorno al valle de Espoleto, dispuesto ya a poner en práctica y predicar con la palabra la verdad de la perfección evangélica que había concebido en su mente y prometido en su profesión .

Lm 2.5 Suscitóse entre Francisco y sus compañeros la cuestión de si debían vivir en medio de la gente o mas bien retirarse a lugares solitarios. Habiendo indagado con insistentes plegarias el beneplácito del Señor sobre el particular, iluminado por el oráculo de la divina revelación, llegó a comprender que había sido enviado por Dios a fin de ganar para Cristo las almas que el demonio trataba de arrebatarle.

Lm 2.5 Discerniendo de allí que debía preferir vivir para bien de los demás antes que para sí solo, se recogió en un tugurio abandonado, que estaba cerca de Asís, con objeto de vivir allí con sus hermanos según la forma de la santa pobreza en el estricto rigor de su Religión y salir a predicar la palabra de Dios a los pueblos conforme a las exigencias de lugares y tiempos. Convertido, pues, en pregonero de Cristo, recorría las ciudades y aldeas anunciando el reino de Dios no con palabras doctas de humana sabiduría, sino con la fuerza del Espíritu. El Señor con previas revelaciones dirigía a su heraldo y confirmaba la palabra con las señales que la acompañaban.

Lm 2.6 Una vez en que, alejado corporalmente de sus hermanos, vigilaba, como de costumbre, en oración, a eso de media noche, cuando algunos de los hermanos estaban entregados al sueño y otros a la oración, penetró por la portezuela de la habitación de los mismos hermanos un carro de fuego de admirable resplandor, sobre el que se alzaba un globo luminoso como el sol, el cual dio tres vueltas a lo largo de la estancia. Ante tal prodigiosa y refulgente visión, quedaron estupefactos los que estaban en vela, se despertaron llenos de terror los dormidos, y todos ellos percibieron la claridad que alumbraba no sólo el cuerpo, sino también el alma, pues a través de aquella luz a cada cual se le hacía transparente la conciencia de los otros. Coincidieron todos - al leerse mutuamente los corazones - en que había sido el mismo santo padre Francisco el que, transfigurado en aquella forma, les había mostrado el Señor, como que, viniendo en espíritu y poder de Elías y convertido en caudillo de la milicia espiritual, había sido constituido como carro de Israel y su auriga.

Lm 2.6 Vuelto el Santo a los hermanos, comenzó a confortarlos, hablándoles de la visión celestial que se les había mostrado; comenzó también a escudriñar los secretos de sus conciencias y a anunciarles cosas futuras; y de tal suerte comenzó a brillar por los milagros, que se hacía patente comprobar que sobre él descansaba el doble espíritu de Elías con tanta plenitud, que podían sentirse muy seguros quienes marchaban tras su doctrina y ejemplos de vida.

Lm 2.7 En aquel tiempo yacía enfermo en un hospital próximo a Asís un religioso de la Orden de los crucíferos llamado Morico, el cual sufría una enfermedad tan grave y prolongada, que se le creía ya próximo a la muerte. En tal situación acudió suplicante al Santo por medio de un enviado, rogándole insistentemente se dignara interceder por él ante

el Señor. Accediendo benigneamente a sus súplicas el varón piadoso, después de haberse recogido en oración, tomó unas migas de pan, las mezcló con aceite recogido de la lámpara que ardía junto al altar de la Virgen y, haciendo con ello una especie de electuario, lo envió al enfermo por medio de los hermanos, diciéndoles:

Lm 2.7 Llevad a nuestro hermano Morico esta medicina, por cuya fuerza de Cristo no solo le devolverá por completo la salud, sino, que, convirtiéndolo en robusto guerrero, le hará incorporarse para siempre en las filas de nuestra milicia. Tan pronto como gustó el enfermo aquel antídoto confeccionado por inspiración del Espíritu Santo se levantó del todo sano, y obtuvo tal vigor de alma y cuerpo, que, ingresando poco después en la Religión del Santo, llevó durante largo tiempo un cilicio sobre la carne, y, contentándose exclusivamente con viandas crudas, no tomó vino ni probó nada cocido.

Lm 2.8 Por aquel mismo tiempo, un sacerdote de la ciudad de Asís llamado Silvestre, varón de vida honesta y simplicidad colombina, vio en sueños cómo toda aquella región estaba cercada por un inmenso dragón, ante cuya espantosa y horrenda figura se vislumbraba inminente un total exterminio para algunas partes del mundo. A continuación vio salir de la boca de Francisco Una refulgente cruz de oro: su extremidad tocaba los cielos, y sus brazos, extendidos a los lados, parecían llegar hasta los confines del orbe; a la vista de esta cruz luminosa, se daba totalmente a la fuga aquel horroroso y terrible dragón.

Lm 2.8 Al mostrársele por tres veces dicha visión, comprendió el piadoso y devoto Varón que Francisco había sido destinado por el Señor para que - enarbolado el estandarte de la gloriosa cruz - destruyera el poder del dragón maligno y para iluminar las mentes de los fieles con los claros fulgores de la verdad tanto de su doctrina como de su vida. Todo esto se lo contó detallada y ordenadamente al varón de Dios y a los hermanos. Poco después abandonó el mundo, y tal fue su perseverancia en seguir de cerca - a ejemplo del bienaventurado Padre - las huellas de Cristo, que su vida en la Orden demostró ser auténtica la visión que había tenido en el siglo.

Lm 2.9 Un hermano llamado Pacífico, cuando aun vivía de seglar, encontró al siervo de Dios al tiempo en que predicaba en un monasterio sito junto al castro de San Severino. Allí se hizo sentir sobre él la mano del Señor. En efecto, vio a Francisco marcado, a modo de cruz, por dos espadas transversales muy resplandecientes, una de las cuales se extendía desde la cabeza hasta los pies, y la otra se alargaba desde una mano a otra, atravesando el pecho. No conocía personalmente al Santo; pero, cuando se le mostró de aquel modo maravilloso, lo reconoció al instante. Ante su vista, quedó estupefacto, y, compungido y atemorizado por el poder de sus palabras - como si hubiera sido atravesado por la espada del espíritu que procedía de su boca -, despreciando todas las pompas del siglo, se unió al santo Padre, profesando en su Orden.

Lm 2.9 Avanzando después en la Religión en toda santidad, y antes de ser nombrado ministro en Francia - él fue el primero que ejerció allí este cargo -, mereció ver de nuevo en la frente de Francisco una gran tau que, adornada con variedad de colores, embellecía su rostro con admirable encanto. Dicho signo lo veneraba con gran afecto el varón de Dios, lo encomiaba frecuentemente en sus palabras, lo trazaba al principio de sus acciones y lo marcaba con su propia mano al pie de las breves cartas que escribía por caridad, como si todo su cuidado se cifrara en grabar el signo tau_ según el dicho profético_ sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen, convertidos de verdad a Cristo Jesús.

Lm 3. Prerrogativa de sus virtudes

Lm 3.1 El insigne seguidor de Jesús crucificado y varón de Dios Francisco, desde los comienzos de su conversión crucificaba la carne con los vicios mediante una disciplina tan rígida y frenaba los movimientos sensuales con unas normas tan estrictas de moderación, que apenas tomaba lo necesario para el sustento de la naturaleza. De ahí que, cuando estaba bien de salud, rara vez comía alimentos cocidos, y, si los admitía, los hacía amargos mezclándolos con ceniza, o los convertía en insípidos como sucedía frecuentemente - derramando agua sobre ellos.

Lm 3.1 Cuán austera parquedad observara en la bebida privando a su carne del vino para elevar el espíritu a la luz de la sabiduría, podemos deducirlo claramente del hecho de que apenas se atrevía a tomar agua fresca en suficiente cantidad cuando le abrasaba el ardor de la sed. La desnuda tierra servía, las más de las veces, de lecho para su fatigado cuerpo, su almohada era una piedra o un madero, y sus cobertores, ropas sencillas, burdas y ásperas, pues había aprendido por experiencia que los enemigos malignos se ahuyentan con prendas incómodas y toscas, y que, por el contrario, se animan a tentar con más ímpetu a los que usan vestidos delicados y muelles.

Lm 3.2 Rígido en la disciplina, prestaba gran atención a la vigilancia sobre sí mismo, teniendo especial cuidado de la guarda del inapreciable tesoro que llevamos en vasijas de barro, es decir, la castidad, que procuraba poseer en sumo honor por una pureza integérrima de alma y cuerpo. Por eso, al principio de su conversión, en días de frío invernal se sumergía muchas veces en una fosa llena de hielo o de nieve para someter a su perfecto dominio al enemigo doméstico y preservar incólume del incendio de la voluptuosidad la cándida vestidura de la pureza. Mediante estos ejercicios comenzó a resplandecer en sus sentidos con tal brillo el pudor, que, habiendo conseguido un pleno dominio sobre la carne, parecía haber hecho un pacto con sus ojos no sólo de evitar toda mirada carnal, sino también de no fijar la vista en todo aquello que fuera curioso o vano.

Lm 3.3 Mas, aunque con la consecución de la pureza de alma y cuerpo se acercaba, en cierto sentido, a la cima de la santidad, sin embargo, no cesaba de purificar continuamente los ojos del alma con torrentes de lágrimas, ansiando las limpias claridades del cielo y dando poca importancia al detrimento que pudiera sufrir en sus ojos corporales. Y como por el continuo llanto hubiese contraído una gravísima enfermedad de la vista, el médico le advirtió que se abstuviera de llorar, si quería evitar la ceguera de su vista corporal.

Lm 3.3 El Santo, empero, no se avino en modo alguno a los consejos del médico, asegurando que prefería perder la luz de sus ojos corporales antes que reprimir la devoción del espíritu y dejar de derramar lágrimas, con las que se limpia el ojo interior para poder ver más claramente a Dios. En medio del celeste riego de lágrimas, el varón devoto de Dios se mostraba jocundo y sereno tanto en su interior como en su semblante, como que por el brillo de una conciencia santa estaba impregnado de la unción de una alegría tan intensa, que con su mente se elevaba sin cesar a Dios y exultaba de continuo en la contemplación de todas las obras de sus manos.

Lm 3.4 La humildad, guarda y decoro de todas las virtudes, de tal modo se había posesionado del varón de Dios, que - si bien brillaba en él la prerrogativa de múltiples virtudes - parecía que ésta había adquirido un dominio especial sobre Francisco, el mínimo entre los menores. En su opinión, se reputaba como el mayor de los pecadores, se consideraba como un vaso frágil y sórdido cuando en realidad era un vaso elegido de santidad, resplandeciente por el multiforme adorno de virtud y de gracia; un vaso consagrado por la santidad de su vida.

Lm 3.4 Ponía sumo empeño en aparecer despreciable ante sus propios ojos y a la vista de los demás, descubriendo en pública confesión sus defectos ocultos y escondiendo en lo más recóndito de su pecho los dones recibidos del Dador para no exponerlos a una gloria que pudiera serle ocasión de ruina.

Lm 3.4 Ciertamente, para cumplir toda justicia en el ejercicio de la perfecta humildad, se esforzó hasta tal punto en someterse no sólo a los superiores, sino también a los inferiores, que solía prometer obediencia al compañero de viaje, por más sencillo que fuera, para no mandar como prelado investido de autoridad, sino - como ministro y siervo - obedecer por humildad aun a los súbditos.

Lm 3.5 El perfecto seguidor de Cristo de tal modo procuró desposarse con amor eterno con la excelsa pobreza, compañera de la santa humildad, que por ella no sólo abandonó al padre y a la madre, sino que también se desprendió de todo lo que pudo poseer. Nadie hubo tan codicioso del oro como él de la pobreza, nadie que tan solícito en guardar un tesoro como él en guardar esta margarita evangélica. Desde la fundación de su Religión - considerándose rico con la túnica, la cuerda y los calzones - sólo parecía gloriarse en la penuria y alegrarse en la escasez.

Lm 3.5 Si alguna vez veía a alguno más pobre que él en el porte exterior, se reprochaba inmediatamente a sí mismo y se animaba a igualarlo, como si al luchar con una rival pobreza, temiese, por cierta nobleza de espíritu, ser vencido en el combate. En efecto, habiendo preferido la pobreza - como arras de la herencia eterna - a todas las cosas caducas, reputaba en nada las falaces riquezas - un feudo concedido para una hora -; amaba la pobreza sobre todos los tesoros, y quería sobrepasar a todos en su práctica el que por ella había aprendido a ser inferior a los demás.

Lm 3.6 Creció el varón de Dios - mediante su amor a la altísima pobreza - en las espléndidas riquezas de la santa simplicidad, de modo que, no teniendo absolutamente nada propio en la tierra, parecía poseer todos los bienes en el mismo Autor de este mundo. En efecto, como quiera que con ojos de paloma, esto es, con sencilla intención de la mente y con pura mirada de la especulación, lo refería todo al supremo artífice y en todas las criaturas reconocía, amaba y alababa al mismo Hacedor, por una concesión de la divina clemencia llegaba a poseer todas las cosas en Dios, y a Dios en todas las cosas.

Lm 3.6 En consideración al primer origen de todos los seres, llamaba a las criaturas todas - por más pequeñas que fueran - con el nombre de hermano o hermana, como procedentes, al igual que él, de un idéntico principio, si bien profesaba un afecto más dulce y entrañable a aquellas criaturas que reflejan, por semejanza natural, la compasiva mansedumbre de Cristo y aparecen en las Escrituras con esa significación. Por lo cual resultaba, en virtud de un influjo sobrenatural, que la naturaleza de los brutos sintiera, en cierto sentido, afición por él y que hasta los seres inanimados obedecieran a sus deseos, cual si el mismo santo varón - como simple y recto - hubiese sido ya reintegrado al estado de inocencia.

Lm 3.7 De la fuente de la misericordia se había derramado sobre el siervo de Dios la dulzura de la piedad en tan desbordante plenitud, que parecía llevar entrañas de madre para aliviar las miserias de las personas afligidas por alguna desgracia. Poseía una clemencia congénita, que se duplicaba mediante la piedad infundida por el mismo Cristo. Se derretía su corazón a la vista de los enfermos y de los pobres, y a quienes no podía echarles una mano, les ofrecía su cordial afecto; y es que cualquier necesidad o deficiencia que viera en alguna persona, llevado de la dulzura de su piadoso corazón, la refería al mismo Cristo.

Lm 3.7 Como en todos los pobres veía la efigie de Cristo, al encontrarse con ellos, no sólo les daba liberalmente aun aquellas cosas necesarias para la vida que a él le habían

proporcionado, sino hasta juzgaba debían serles restituidas como si fueran propiedad suya. Por eso no perdonaba nada, ni manteles, ni túnicas, ni libros, ni ornamentos de altar sin entregar todas estas cosas - en cuanto podía - a los pobres deseando cumplir el deber de la perfecta piedad hasta desgastarse a sí mismo.

Lm 3.8 El celo por la salvación de los hermanos, que procede del horno de la caridad, de tal modo penetró como espada aguda y llameante el corazón de Francisco, que este varón celoso parecía estar todo él inflamado en el ardor y deseo de ganar almas, así como también llagado por el dolor de compasión. En efecto, cuando veía las almas redimidas por la preciosa sangre de Cristo manchadas con alguna inmundicia de pecado, traspasado de un indecible y agudo dolor, lo deploraba con tan tierna conmiseración, que bien podía decirse que, como una madre, las engendraba diariamente en Cristo.

Lm 3.8 De ahí su esfuerzo en la oración, de ahí sus correrías apostólicas en la predicación, de ahí también su extremado empeño en dar buen ejemplo, pues no se consideraba amigo de Cristo si no trataba de ayudar a las almas que por El han sido redimidas. Por eso también, aunque su inocente carne, sometida ya espontáneamente al espíritu, no necesitaba del flagelo para expiar los propios pecados; no obstante - para dar ejemplo -, le imponía nuevas cargas y castigos, recorriendo por otros los duros caminos, con el objeto de seguir perfectamente las huellas de Aquel que por la salvación de los demás entregó a su alma a la muerte.

Lm 3.9 Puede uno darse cuenta del fervor de perfecta caridad con que era arrastrado hacia Dios este amigo del Esposo si considera, sobre todo, el siguiente hecho: su ardentísimo deseo de ofrecerse a Dios como hostia viva mediante el fuego del martirio. Por esta causa, tres veces emprendió viaje a tierra de infieles, pero dos veces por disposición divina encontró obstáculos para realizar su objetivo, hasta que la tercera vez - tras haber sufrido muchos oprobios, cadenas, azotes e innumerables trabajos - fue conducido, con la ayuda de Dios, hasta la presencia del sultán de Babilonia. Allí anunció el Evangelio de Jesús con tal eficaz demostración de la fuerza del Espíritu, que el mismo sultán quedó admirado, y, amansado por intervención divina, escuchó benignamente al siervo de Dios.

Lm 3.9 Y, viendo el fervor de espíritu de Francisco, su profunda convicción, su desprecio de la vida presente y la eficacia de la palabra divina, sintió tan gran devoción hacia él, que lo juzgó digno de un singular honor, le ofreció valiosos regalos y le invitó con insistencia a morar en su compañía. Pero el verdadero despreciador del mundo y de sí mismo rehusó todos los ofrecimientos como si fueran lodo; y al ver que no podía lograr la realización de su objetivo - después que sinceramente había hecho lo que pudo -, advertido por una revelación, retornó a tierra de cristianos.

Lm 3.9 Y así resultó que el amigo de Cristo buscara con todas sus fuerzas morir por El y no lo consiguiera, para de este modo lograr, por una parte, el mérito del deseado martirio, y, por otra, quedar reservado para un privilegio singular con el que sería distinguido más adelante.

Lm 4. Vida de oración y espíritu de profecía

Lm 4.1 Como quiera que el siervo de Cristo se sentía en su cuerpo como un peregrino alejado del Señor, si bien por la caridad de Cristo se había ya totalmente insensibilizado a los deseos terrenales, para no verse privado de la consolación del Amado, se esforzaba - orando sin intermisión - por mantener siempre unido su espíritu a Dios. Pues ora caminase o estuviese sentado, lo mismo en casa que afuera, ya trabajase o descansase, de tal modo

estaba entregado a la oración, que parecía consagrar a la misma no solo su corazón y su cuerpo, sino hasta toda su actividad y todo su tiempo. Sumergíase muchas veces en el éxtasis de la contemplación, de tal modo, que, arrebatado fuera de sí y percibiendo algo más allá de los sentidos humanos, no se daba cuenta en absoluto de lo que acontecía al exterior en torno suyo.

Lm 4.2 Para recibir con mayor sosiego los raudales de las consolaciones espirituales, de noche se dirigía a la soledad y a las iglesias abandonadas; aunque allí sostenía horribles luchas contra los demonios, que, combatiendo con él como mano a mano, se esforzaban por perturbarlo en el ejercicio de la oración. Mas, ahuyentados éstos con la virtud de sus incesantes y fervorosas plegarias y quedando solo y apaciguado el varón de Dios, llenaba de gemidos los bosques, bañaba la tierra de lágrimas, se golpeaba con la mano el pecho, y como si hubiera hallado un santuario íntimo, ora respondía al Juez, ora suplicaba al Padre, ya se recreaba con el Esposo, ya hablaba al Amigo. Allí lo vieron orar de noche con las manos y los brazos extendidos en forma de cruz, mientras todo su cuerpo se elevaba sobre la tierra y quedaba envuelto en una nubecilla luminosa, como si la maravillosa luz y elevación del cuerpo fueran una prueba de su admirable iluminación interior y de la elevación de su espíritu.

Lm 4.3 Por la virtud sobrenatural de estas sobreelevaciones, según está comprobado por indicios ciertos, se le descubrían ocultos misterios de la divina sabiduría; aunque no los hacía públicos sino en cuanto se lo urgía el celo por la salvación de los hermanos o se lo dictaba la inspiración de la suprema revelación. El incansable ejercicio de la oración, unido a la continua práctica de la virtud, había conducido al varón de Dios a tal limpidez y serenidad de mente que, a pesar de no haber adquirido por el estudio y adoctrinamiento humano el conocimiento de las sagradas letras, iluminado por los fulgores de la luz eterna, llegaba a sondear con clara agudeza de entendimiento las profundidades de las Escrituras.

Lm 4.3 Reposó también sobre él el múltiple espíritu de los profetas en tan pluriforme plenitud de gracia, que con su maravilloso poder el varón de Dios se hacía presente a los ausentes, tenía conocimiento cierto de los que estaban lejos, descubría los secretos de los corazones y anunciaba acontecimientos futuros, cosa que comprueban con evidencia muchos ejemplos, algunos de los cuales consignamos a continuación.

Lm 4.4 En cierta ocasión, el santo varón Antonio - entonces egregio predicador, hoy ya preclaro confesor de Cristo - disertaba a los hermanos reunidos en el capítulo provincial de Arlés sobre el título de la cruz: Jesús Nazareno, Rey de los judíos. Mientras de su boca fluían melifluas palabras, el santo varón de Dios Francisco, que entonces se hallaba lejos del lugar, apareció de pronto a la puerta de la sala capitular elevado en el aire, bendiciendo con las manos extendidas en forma de cruz a los hermanos, y colmándolos de tan copiosa consolación espiritual, que por iluminación del Espíritu Santo tuvieron en su interior certeza de que en aquella admirable aparición estaba actuando el poder divino. Además - como esto no se le quedó oculto al bienaventurado Padre -, se deduce claramente de allí cuán presente y abierto estaba su espíritu a la luz de la Sabiduría eterna que es más móvil que cualquier movimiento, y, virtud de su fuerza, lo atraviesa y lo penetra todo; y entrando en las almas buenas de cada generación, va haciendo amigos de Dios y profetas.

Lm 4.5 Una vez en que - según costumbre - se hallaban reunidos los hermanos en capítulo en Santa María de la Porciúncula, uno de ellos, aduciendo especiosas razones en propia defensa, se negaba a someterse a la disciplina. Viéndolo en espíritu el santo varón, que estaba recogido en oración en la celda haciendo de intercesor y medianero entre sus

hermanos y Dios, mandó llamar a uno de éstos y le dijo: He visto al diablo sobre la espalda de ese hermano desobediente, teniéndole por el cuello.

Lm 4.5 Dicho hermano, sometido a las órdenes del jinete, se deja guiar por las bridas de sus sugerencias, una vez que ha despreciado el freno de la obediencia. Anda, pues, y dile al hermano que sin dilación someta su cerviz a la santa obediencia, que esto es lo que le sugiere hacer aquel por cuyas insistentes oraciones ha marchado confuso el diablo. Advertido el hermano mediante este enviado, se sintió compungido en su espíritu, y, percibiendo la luz de la verdad, se arrojó a los pies del vicario del Santo, se reconoció culpable, pidió perdón, aceptó y cumplió la penitencia y en adelante obedeció humildemente en todo.

Lm 4.6 Cuando estaba morando en el monte Alverna retirado en la celda, uno de sus compañeros sintió vivos deseos de tener algún escrito del Santo con palabras del Señor y breves anotaciones de su propia mano. Creía que de este modo se vería libre de una grave tentación - no de la carne, sino del espíritu - que lo atormentaba, o que al menos le sería más fácil superarla. Ardiendo en tales deseos, vivía interiormente angustiado, porque como era humilde, pudoroso y sencillo, vencido por la vergüenza, no se atrevía a manifestar su problema al venerable Padre.

Lm 4.6 Pero lo que el hombre no le descubrió, se lo reveló el Espíritu. Mandó a dicho hermano le trajera tinta y papel, y, conforme a su deseo, escribió de su propia mano las alabanzas del Señor, añadiendo al fin su bendición. Le ofreció generosamente lo que había escrito, y desapareció por completo aquella tentación. Esta pequeña carta, conservada para la posteridad, concedió a muchos el remedio y la salud, de suerte que se hace patente a todos el gran mérito que tendrá ante Dios su redactor, el cual dejó tan poderosa eficacia en el billete que escribió.

Lm 4.7 En otro tiempo, una noble y piadosa mujer acudió confiada al Santo, pidiéndole insistentemente que se dignara interceder ante el Señor en favor de su marido, para que, con una abundante efusión de gracia, Dios le ablandara su duro corazón. En efecto, se mostraba muy cruel con ella, contrariándola y poniéndole obstáculos en el servicio de Cristo. Habiéndola escuchado el varón santo y compasivo, la confirmó en el bien con palabras sagradas y le aseguró que pronto conseguiría el consuelo apetecido, y al fin le mandó que anunciase a su marido, de parte de Dios y de la suya, que ahora es el tiempo de la clemencia y que luego será el de la justicia.

Lm 4.7 Dio fe la mujer a las palabras del siervo de Dios, y, recibida la bendición, volvió con presteza a su casa, encontró a su marido y le comunicó el mensaje recibido, confiando plenamente que se cumpliría la deseada promesa del Santo. Tan pronto como sus palabras llegaron a oídos de su marido, descendió sobre él el espíritu de gracia, ablandando de tal manera su corazón, que desde entonces permitió a su devota cónyuge servir libremente a Dios, y, junto con ella, se ofreció también él al servicio del Señor. Por insinuación de la santa mujer vivieron durante muchos años en perfecta continencia y finalmente ambos emigraron el mismo día al Señor; la mujer a la mañana y el hombre a la tarde; ella como sacrificio matutino, él como ofrenda de la tarde.

Lm 4.8 Cuando el siervo de Dios yacía enfermo en Rieti, le presentaron en una camilla - víctima de grave enfermedad - a un prebendado de nombre Gedeón, hombre lascivo y mundano. Con lágrimas en los ojos le rogaba, junto con los presentes, que trazase sobre él la señal de la cruz. Le repuso el Santo: Has vivido en el pasado según tus antojos de la carne, sin temer los juicios de Dios. Mira: no por tus súplicas, sino por las devotas plegarias

de los que interceden en favor tuyo, haré sobre ti la señal de la cruz; mas te aseguro desde ahora que, si vuelves otra vez al vómito del pecado, sufrirás mayores males.

Lm 4.8 Hecha la señal de la cruz sobre el enfermo desde la cabeza hasta los pies, crujieron los huesos de su cintura - ruido que oyeron todos - con un chasquido semejante al que se produce cuando con la mano se rompe leña seca. Al instante, el que había estado postrado con los miembros agarrotados, se levantó sano y salvo, prorrumpiendo en alabanzas a Dios, y exclamó: "¡Ya estoy curado!"

Lm 4.8 Mas poco después, olvidándose de Dios, volvió a entregarse a la vida de impureza. Y he aquí que cierta tarde en que había cenado en casa de un canónigo y se había quedado aquella noche a dormir allí, de pronto se derrumbó sobre todos ellos la techumbre del edificio. Todos escaparon a la muerte, excepto aquel miserable, que pereció. Así se puso de manifiesto al mismo tiempo con este singular acontecimiento Cuan severo es el celo de la justicia de Dios par a con los ingratos y cuan veraz y cierto en las dudas fue el espíritu de profecía de que estaba lleno Francisco.

Lm 4.9 En aquel mismo tiempo, después de haber regresado de su viaje a ultramar, llegó a Celano a predicar; y allí, un caballero, movido por la devoción, le invitó insistentemente a quedarse a comer con él, y casi le forzó al que se resistía. Pero antes de ponerse a comer, al dirigir el devoto varón - según su costumbre - preces y alabanzas a Dios, vio en espíritu que a aquel hombre se le aproximaban la muerte y el consiguiente juicio, y con la mente fija en Dios tenía los ojos vueltos al cielo. concluida por fin la oración, llamó a solas al bondadoso huésped y le predijo la cercanía de su muerte, le exhortó a que se confesara y le animé - cuanto pudo - a hacer el bien. Accedió en seguida el hombre a las palabras del Santo y descubrió en confesión todos sus pecados al compañero de éste. Puso en orden su casa, se encomendó a la divina misericordia y se preparó, en cuanto pudo, a recibir la muerte.

Lm 4.9 Mientras los demás tomaban la refección corporal, aquel caballero que parecía tan sano y robusto, súbitamente exhaló su espíritu - según se lo había anunciado el varón de Dios -, siendo arrebatado por una muerte repentina. Con todo, gracias al espíritu profético del Santo, fue confortado de antemano con las armas de la penitencia, para evitar así la condenación eterna y poder entrar conforme a la promesa evangélica en las moradas eternas.

Lm 5. Obediencia de las criaturas y condescendencia divina

Lm 5.1 En verdad, asistía al siervo de Dios el Espíritu del Señor, que lo había ungido, y el mismo Cristo, fuerza y sabiduría de Dios, por cuyo poder y gracia no sólo le eran descubiertos los arcanos misterios, sino que también le obedecían los elementos de este mundo.

Lm 5.1 En una ocasión en que le aconsejaban los médicos y le persuadían los hermanos con insistentes súplicas a que se sometiera a la operación del cauterio para curar la enfermedad de los ojos, el varón de Dios se avino humildemente a ello, considerando que sería no sólo remedio para la dolencia corporal, sino también materia para ejercitarse en la virtud. Estremecida su carne con un sentimiento natural de horror a la vista del instrumento de hierro ya incandescente, comenzó a hablar al fuego como a Un hermano suyo, mandándole en nombre y poder del Creador, que atemperase su ardor, para que, quemando suavemente, fuera capaz de soportarlo. Penetró crujiente el hierro en aquella carne delicada, extendiéndose el cauterio desde el oído hasta las cejas. Al término de la operación, el varón

lleno de Dios, exultando en su espíritu dijo a sus hermanos: Alabad al Altísimo, pues - a decir verdad - ni el ardor del fuego me ha producido molestia alguna ni me ha afectado en lo más mínimo el dolor de la carne.

Lm 5.2 Encontrándose el siervo de Dios bajo el peso de una gravísima dolencia en el eremitorio de San Urbano, y al sentir el desvanecimiento de la naturaleza, pidió un vaso de vino. Al responderle que era imposible acceder a su deseo, puesto que no había allí ni una gota de vino, ordenó que se le trajera agua. Una vez presentada, la bendijo, haciendo sobre ella la señal de la cruz. De pronto lo que había sido pura agua, se convirtió en óptimo vino, y lo que no pudo ofrecer la pobreza de aquel lugar desértico, lo obtuvo la pureza del Santo. Apenas gustó el vino, se recuperó de su enfermedad con tan gran presteza, que se puso claramente evidencia que aquella deseada bebida le fue concedida por el generoso Dador no tanto para satisfacer el sentido de su gusto como para ofrecerle una eficaz medicina para su salud.

Lm 5.3 En otro tiempo, quiso el varón de Dios trasladarse a un eremitorio para dedicarse allí más libremente a la contemplación, y, como estaba débil, se hizo llevar en el asnillo de un pobre campesino. Era un día caluroso de verano. El hombre seguía al siervo de Dios en la ascensión de la montaña, iba cansado por la áspera y larga caminata y se sentía desfallecer por una sed abrasadora. Sin poder resistir, comenzó a gritar reiteradamente, diciendo que, si no bebía algo, exhalaría pronto su espíritu. Sin tardanza, se apeó del jumentillo el varón de Dios, e, hincadas las rodillas en el suelo y alzadas las manos al cielo, no cesó de orar hasta que comprendió haber sido escuchado. Terminada la oración, dijo al hombre sediento: Corre a aquella roca. Corrió el hombre al lugar señalado, y bebió del agua brotada de la roca en virtud de la oración del Santo y extrajo el líquido que Dios le proporcionara de una peña durísima.

Lm 5.4 En cierta ocasión en que el siervo del Señor predicaba en Gaeta, a orillas del mar, queriendo esquivar los aplausos de la turba, que, llevada de la devoción, se precipitaba sobre él, corrió a refugiarse él solo en una barca que estaba junto a la orilla. Y he aquí que la barca - como si fuera movida por un motor interior dotado de razón -, sin remero alguno, se apartó de la tierra mar adentro ante la mirada y asombro de todos. Alejada a cierta distancia en medio del mar, permaneció inmóvil entre las olas todo el tiempo en que el varón de Dios quiso predicar a la muchedumbre que le miraba desde la orilla. Cuando la gente que había escuchado el sermón y contemplado el prodigio, se retiró de allí, a ruegos del Santo, después de haber recibido Su bendición, arribó a la orilla la barca, impulsada no por otras órdenes que las del cielo, como si la criatura que sirve a su Hacedor se sometiese sin rebeldía a este perfecto adorador del Creador y le obedeciese sin tardanza.

Lm 5.5 Mientras estaba morando una temporada en el eremitorio de Greccio, los habitantes de aquel lugar se veían atormentados por muchos males. Por una parte, las tempestades de granizo devastaban anualmente los campos y viñedos; por otra, manadas de lobos rapaces hacían grandes estragos no sólo entre los animales, sino hasta en los mismos hombres. Compadecido en su bondad el siervo del Señor omnipotente de aquellas gentes tan gravemente afligidas, en una predicación les prometió públicamente - y salió fiador de ello - que desaparecerían todas aquellas calamidades si, confesados sus pecados, estaban dispuestos a hacer dinos frutos de penitencia.

Lm 5.5 Siguiendo las amonestaciones del Santo, hicieron penitencia y desde aquel día cesaron las plagas, desaparecieron los peligros, y ni los lobos ni el granizo volvieron a causarles daño alguno. Es más, si alguna vez el granizo llegaba a devastar los campos

vecinos, al acercarse a los términos de Greccio, se disipaba allí mismo la tempestad o tomaba otra dirección.

Lm 5.6 En otra ocasión, cuando el varón de Dios recorría predicando el valle de Espoletto, al acercarse a Bevagna llegó a un punto donde se había reunido una gran bandada de aves de toda especie. Se detuvo a mirarlas con ojos piadosos, e, invadido por el Espíritu del Señor, se dirigió velozmente hacia ellas y, saludándolas alegremente, les impuso silencio y les mandó que oyeran con atención la palabra de Dios. Después de haberles hablado largamente de los beneficios que el Señor prodiga a las criaturas y de las alabanzas que éstas deben rendirle, las avecillas, gesticulando de modo admirable, comenzaron a alargar sus cuellecitos, a extender las alas, abrir los picos y a mirarle fijamente, como si se esforzaran en sentir el poder maravilloso de sus palabras.

Lm 5.6 Y era justo, en verdad, que el varón lleno de Dios, que sentía una inclinación piadosa y humana hacia las criaturas carentes de razón, fuera, a su vez, correspondido por éstas, aficionándosele de modo tan admirable, que le escuchaban cuando las instruía, le obedecían cuando les daba órdenes, se posaban con confianza en sus manos y permanecían sin dificultad con quien las retenía.

Lm 5.7 En aquel tiempo en que, por conseguir la palma del martirio, intentara pasar a tierras de ultramar - proyecto que no pudo llevar a feliz término impedido por las tempestades marinas -, de tal modo le asistió la amorosa providencia de Aquel que lo dirige todo, que le libró de los peligros de muerte juntamente con otros muchos y realizó, en atención a él, obras maravillosas en medio del mar. Efectivamente, al proponerse volver de Eslavonia a Italia, embarcó en una nave sin avituallamiento alguno. Ahora bien, nada más subir a bordo, se presentó un desconocido enviado por Dios en favor del pobrecillo de Cristo, que traía consigo los alimentos necesarios para la travesía, y, llamando aparte a un marinero temeroso de Dios, se los entregó para que en tiempo oportuno los distribuyera entre aquellos pobrecillos que nada tenían.

Lm 5.7 Y sucedió que a causa del fuerte temporal no pudieron arribar los tripulantes a ningún puerto. Entre tanto se consumieron todos los víveres quedando tan sólo la pequeña porción de limosna prodigiosamente otorgada para el dichoso varón. Por las plegarias y méritos de Francisco, hizo el poder divino que se multiplicara tan considerablemente esa insignificante cantidad, que, a pesar de tener que estar muchos días en el mar debido al continuo temporal, fue suficiente para llenar cumplidamente las necesidades de todos hasta que llegaron al ansiado puerto de Ancona.

Lm 5.8 Aconteció también otra vez que, viajando el varón de Dios con un compañero suyo, por motivo de predicación, entre Lombardía y la Marca Trevisana, junto al río Po, les sorprendió la espesa oscuridad de la noche. El camino que debían recorrer era sumamente peligroso a causa de las tinieblas, el río y los pantanos. Viéndose en tan apretada coyuntura, el compañero le rogó al Santo que implorase el auxilio divino. Respondióle el varón de Dios lleno de una gran confianza: Poderoso es Dios - si place a su bondad - para disipar las sombrías tinieblas y concedernos el beneficio de su luz ¡Cosa admirable! Apenas había terminado de hablar, cuando de pronto - por intervención del cielo - comenzó a brillar en torno suyo una luz tan esplendente, que, siendo oscura la noche en otras partes, al resplandor de aquella claridad ellos distinguían no sólo el camino, sino también muchas cosas que se presentaban en torno suyo al otro lado del río.

Lm 5.9 Ciertamente, en medio de las densas tinieblas de la noche hiciera patente que no pueden ser envueltos en la oscuridad de la muerte quienes por senda recta siguen la luz de

la vida. Así sucedió que, dirigidos corporalmente y reconfortados en el espíritu con el maravilloso resplandor de aquella luz, recorrieron gran parte de la ruta cantando himnos y alabanzas hasta que llegaron al lugar del hospedaje.

Lm 5.9 ¡Oh varón preclaro y admirable!, a quien el fuego le atempera su ardor, el agua le cambia de gusto, la roca le brinda bebida abundante, le sirven los seres inanimados, se le amansan las bestias feroces y le atienden con interés las criaturas irracionales; el mismo Señor del universo se pliega benignamente a sus deseos cuando con liberalidad le prepara el alimento, le guía por el camino con la claridad de su luz, de suerte que - como a varón de eximia santidad - toda criatura se pone a su servicio y hasta el mismo Creador de cielo y tierra condesciende a sus deseos.

Lm 6. Las sagradas llagas

Lm 6.1 Francisco, fiel .siervo y ministro de Cristo, dos años antes de entregar su espíritu a Dios, habiendo iniciado en un lugar elevado y solitario, llamado monte Alverna, la cuaresma de ayuno en honor del arcángel San Miguel - inundado más abundantemente que de ordinario por la dulzura de la suprema contemplación y basado en una llama más ardiente de deseos celestiales -, comenzó a experimentar un mayor cúmulo de dones y gracias divinas.

Lm 6.1 Elevándose, pues, a Dios a impulsos del ardor seráfico de sus deseos y transformado por el afecto de su tierna compasión, en Aquel que, en aras de su extremada caridad, aceptó ser crucificado, una mañana próxima a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, mientras oraba en uno de los flancos del monte, vio bajar de lo más alto del cielo así como la figura de un serafín, que tenía seis alas tan ígneas como resplandecientes. En vuelo rapidísimo avanzó hacia el lugar donde se hallaba el varón de Dios, deteniéndose en el aire. Y apareció no solo alado, sino también crucificado: tenía las manos y los pies extendidos y clavados a la cruz, y las alas dispuestas, de una parte a otra en forma tan maravillosa, que dos de ellas se alzaban sobre su cabeza; las otras dos estaban extendidas para volar, y las dos restantes rodeaban y cubrían todo el cuerpo.

Lm 6.2 Ante tal visión quedó lleno de estupor y experimentó en su corazón un gozo mezclado de dolor. En efecto, el aspecto gracioso de Cristo, que se le presentaba de forma tan misteriosa como familiar, le producía una intensa alegría, al par que la contemplación de la terrible crucifixión atravesaba su alma con la espada de un dolor compasivo.

Lm 6.2 Comprendió entonces - instruido interiormente por aquel que se le aparecía al exterior - que, si bien la debilidad de la pasión en modo alguno se avenía con la inmortalidad del espíritu de un serafín, se le había presentado a sus ojos aquella visión para que el amigo de Cristo supiese de antemano que debía ser del todo transformado en una clara imagen de Cristo Jesús crucificado no por el martirio de la carne, sino mediante el incendio de Su espíritu. Y así sucedió, porque, al desaparecer la visión después de un arcano y familiar coloquio, quedó su alma interiormente inflamada en ardores seráficos y exteriormente sellada en su carne la efigie conforme al Crucificado, como si la previa virtud licuefactiva del fuego le hubiera seguido una cierta grabación configurativa.

Lm 6.3 Al instante comenzaron a aparecer en sus manos y pies las señales de los clavos, viéndose las cabezas de los mismos en la parte interior de las manos y en la superior de los pies, mientras que sus puntas se hallaban al lado contrario. Las cabezas de los clavos eran redondas y negras en las manos y en los pies; las puntas aparecían alargadas, retorcidas y remachadas, y, sobresaliendo de la misma carne, rebasaban el resto de ella. Y, en verdad, las puntas de los clavos remachadas debajo de los pies, eran tan destacadas y prominentes

hacia el exterior, que no solo no le permitían fijar libremente las plantas en el suelo, sino que - según me informaron los que lo vieron con sus propios ojos - se podían introducir fácilmente un dedo a través de la curva que formaban las dichas puntas.

Lm 6.3 Asimismo, el costado derecho - como si hubiera sido traspasado por una lanza - llevaba una roja cicatriz, que, derramando con frecuencia sangre sagrada, empapaba tan copiosamente la túnica y los calzones, que, al lavarlos luego a su tiempo los compañeros del Santo, advertían sin duda que así como en las manos u en los pies, también en el costado tenía el siervo del Señor impresa la semejanza con el Crucificado.

Lm 6.4 Viendo el varón lleno de Dios que no podían permanecer ocultas a sus compañeros más íntimos aquellas llagas tan claramente impresas en su carne y temeroso, por otra parte, de publicar el secreto del Señor, se vio envuelto en una angustiada incertidumbre, sin saber a qué atenerse: si manifestar o más bien callar la visión tenida. Por fin, estimulado por el aguijón de la conciencia, refirió detalladamente - no sin mucho temor - la dicha visión a algunos de sus compañeros más íntimos; y añadió que Aquel que se le había aparecido le reveló algunas cosas que jamás, mientras él viviera, descubriría a hombre alguno.

Lm 6.4 Después que el verdadero amor de Cristo había transformado en su propia imagen a este amante suyo, terminado el plazo de cuarenta días que se había propuesto pasar en aquella soledad de Alvernia y próxima ya la solemnidad del arcángel Miguel, descendió del monte el angélico varón Francisco, llevando consigo la efigie del Crucificado, no esculpida por mano de algún artífice en tabla de piedra o de madera, sino impresa por el dedo de Dios vivo en los miembros de su carne.

Lm 6.5 Como quiera que el varón santo y humilde se esforzaba por encubrir con toda diligencia aquellas sagradas señales, plugo al Señor realizar para su gloria, mediante las mismas, algunos patentes prodigios, para que, poniendo en evidencia por estos claros signos el poder oculto de dichas llagas, resplandeciese como astro brillantísimo en medio de las densas oscuridades de este siglo tenebroso. Sirva como prueba de ello el siguiente hecho.

Lm 6.5 Antes de la permanencia del Santo en el mencionado monte Alvernia, se solía formar en el mismo monte una oscura nube, que desencadenaba en las cercanías una violenta tempestad, devastando periódicamente los frutos de la tierra. Pero a partir de aquella dichosa aparición cesó el acostumbrado granizo, no sin admiración y gozo de los habitantes del lugar, de modo que el mismo aspecto del cielo, serenado fuera de costumbre, ponía de manifiesto la excelencia de aquella visión celeste y el poder de las llagas que allí fueron impresas.

Lm 6.6 En aquel mismo tiempo se había propagado en la provincia de Rieti una grave peste, que en tal grado comenzó a infestar todo ganado lanar y vacuno, que casi todo él parecía estar atacado de una enfermedad sin remedio. Pero un hombre temeroso de Dios que advertido en una visión nocturna que se acercara apresuradamente al eremitorio de los hermanos donde a la sazón moraba el bienaventurado Padre y que, consiguiendo de sus compañeros el agua en que el Santo se había lavado las manos y los pies, rociara con ella los animales enfermos; de este modo desaparecería toda aquella peste. Habiendo cumplido diligentemente dicho encargo aquel hombre, Dios infundió tal poder al agua que había tocado las sagradas llagas, que por poco que alcanzase su aspersion a los animales enfermos, se alejaba al punto la plaga pestilencial y, recuperando los animales su primitivo vigor, salían corriendo a pastar, como si antes no hubieran padecido mal alguno.

Lm 6.7 Aquellas manos consiguieron desde entonces un poder tan maravilloso, que a su contacto salutífero devolvían a los enfermos una sólida fortaleza, y a los paráliticos la

recuperación del sentido y movimiento en sus miembros ya áridos, y lo que es mucho más prodigioso que todo esto: otorgaban a los mortalmente heridos la reintegración a una vida totalmente sana. De entre sus muchos prodigios voy a adelantar dos en forma resumida.

Lm 6.7 En Lérida, un hombre llamado Juan, devoto del bienaventurado Francisco, una tarde fue tan atrocemente cosido de heridas, que se creía difícil pudiera sobrevivir hasta el día siguiente. Entonces se le apareció de modo admirable el santísimo Padre, y, tocándole en las heridas con sus sagradas manos, en el mismo momento recuperó tan por completo su salud, que toda aquella región proclamaba al prodigioso portaestandarte de la cruz como dignísimo de toda veneración. Pues ¿quién podría contemplar sin admiración a un hombre no desconocido que unos segundos antes se encontraba desgarrado por heridas gravísimas y que ahora aparecía gozando de perfecta salud? ¿Quién no recordarlo sin acción de gracias? En fin, ¿qué alma fiel puede ponderar sin devoción un milagro tan lleno de piedad, tan poderoso y preclaro?

Lm 6.8 En Potenza, ciudad de la Pulla, un clérigo llamado Rogerio, mientras pensaba con ligereza acerca de los sagrados estigmas del bienaventurado Padre, de improviso fue herido en su mano izquierda debajo del guante que llevaba puesto, como si le hubiera alcanzado una saeta despedida por una ballesta; el guante, empero, permaneció intacto. Atormentado durante tres días por agudísimos dolores y sinceramente arrepentido ya de su comportamiento, invocó al bienaventurado Francisco y le conjuró por sus gloriosas llagas que viniera en su auxilio; y obtuvo una curación tan cabal, que desapareció todo dolor y no le quedó la más leve huella de la lesión. De lo cual se deduce claramente que aquellas sagradas señales fueron grabadas con el poder y dotadas de la virtud de Aquel de quien es propio infringir heridas y proporcionar su curación, vulnerar a los obstinados y sanar a los contritos de corazón.

Lm 6.9 Era justo que este afortunado varón apareciera distinguido con tan singular privilegio, ya que todo su empeño - lo mismo en público que en privado - se cifró en la cruz del Señor. En efecto, tanto su admirable suavidad y mansedumbre como su austeridad de vida, su profunda humildad, su pronta obediencia, su eximia pobreza y su castidad incontaminada; su amarga compunción, el torrente de sus lágrimas y su piedad entrañable; el ardor de su celo, su anhelo de martirio, el exceso de su caridad, y, en fin, la múltiple prerrogativa de sus virtudes cristiformes, ¿qué otra cosa pretenden ser en él sino un asimilar a Cristo y como una especie de preparación para recibir sus sagradas llagas?

Lm 6.9 Por eso, desde su conversión y en el decurso de su vida toda fue adornado con los gloriosos misterios de la cruz de Cristo, y, por último, a la vista del sublime Serafín y del humilde Crucificado, fue todo él transformado - mediante una fuerza deiforme e ígnea - en la efigie que se le había aparecido, según han testimoniado quienes vieron, tocaron y besaron las sagradas llagas; y, jurando - con las manos puestas sobre los libros sagrados - que así sucedió y que ellos contemplaron dichos estigmas, confirmaron el hecho con una mayor garantía de certeza

Lm 7 . El tránsito

Lm 7.1 Clavado ya a la cruz, juntamente con Cristo, tanto en su carne como en su espíritu, el varón de Dios no sólo se elevaba a Dios por el incendio del amor seráfico, sino que, atravesado su corazón por un ferviente celo de las almas, a una con el Señor crucificado anhelaba la salvación de todos los que han de salvarse. Y, no pudiendo caminar a causa de los clavos que sobresalían en la planta de sus pies, se hacía llevar su cuerpo medio muerto a

través de las ciudades y aldeas para que - como aquel otro ángel que subía del oriente - encendiera en la llama del fuego divino los corazones de los siervos de Dios, para dirigir sus pasos por el camino de la paz y marcar sus frentes con el sello de Dios vivo. Se abrasaba también en el ardiente deseo de volver a la humildad de los primeros tiempos, dispuesto a servir - como al principio - a los leprosos y a someter a la servidumbre de antes su cuerpo, desgastado ya por el trabajo y sufrimiento.

Lm 7.2 Se proponía - teniendo a Cristo de guía - realizar cosas grandes, y, aunque sumamente débil en su cuerpo, pero vigoroso y férvido en el espíritu, soñaba con nuevas batallas y nuevos triunfos sobre el enemigo. Y, en verdad, para que en el pequeño de Cristo se acrecentase el cúmulo de méritos que tienen su real consumación en la perfecta paciencia, comenzó a sufrir tantos y tan graves enfermedades, que se extendieron las dolorosas molestias a cada uno de los miembros de su cuerpo, y, consumidas ya sus carnes, parecía como si solo le quedara la piel adherida los huesos.

Lm 7.2 Y, a pesar de verse atormentado con tan acerbos dolores, decía que aquellas sensibles angustias no eran penas, sino hermanas suyas, y, sobrellevándolas alegremente, dirigía tan ardientes alabanzas y acciones de gracias a Dios, que a los hermanos que le asistían les parecía ver a otro Pablo, en su gozoso y humilde gloriarse ante la debilidad, o a un nuevo Job, en el imperturbable vigor de su ánimo.

Lm 7.3 El Santo tuvo, con mucha antelación, conocimiento de la hora de su muerte, y, estando cercano el día de su tránsito, comunicó a sus hermanos que pronto iba a abandonar la tienda de su cuerpo, según se lo había manifestado el mismo Cristo. Así, pues, dos años después de la impresión de las sagradas llagas, es decir, al vigésimo año de su conversión, pidió ser trasladado a Santa María de la Porciúncula, para que allí donde por mediación de la Virgen madre de Dios había concebido el espíritu de perfección y de gracia, en el mismo lugar - rindiendo tributo a la muerte - llegase al premio de la eterna retribución.

Lm 7.3 Conducido, pues, a dicho lugar y para demostrar con un ejemplo de verdad que nada tenía él de común con el mundo, en medio de aquella enfermedad tan grave que dio término a todas sus dolencias, se postró totalmente desnudo sobre la desnuda tierra, dispuesto en este trance supremo - en que el enemigo podía aún desfogar sus iras - a luchar desnudo con el desnudo. Tendido así en tierra y desnudado como atleta en la arena, cubrió con la mano izquierda la herida del costado derecho para que no fuera vista, elevó en la forma acostumbrada su sereno rostro al cielo y, fijando toda su atención en la gloria, comenzó a bendecir al Altísimo, porque, desembarazado de todas las cosas, podía ya libremente sumergirse en El.

Lm 7.4 Acercándose ya, por fin, el momento de su tránsito, hizo llamar a su presencia a todos los hermanos que estaban en el lugar y, tratando de suavizar con palabras de consuelo el dolor que sentían ante su muerte, los exhortó con paterno afecto a amar a Dios. Además les dejó, como legado y herencia, la posesión de la pobreza y de la paz, les recomendó encarecidamente que aspiraran a los bienes eternos precaviéndose de los peligros de este mundo, y con toda la fuerza persuasiva de que fue capaz, los indujo a seguir perfectamente las huellas de Jesús crucificado.

Lm 7.4 Sentados los hijos en torno al patriarca de los pobres, cuya vista se había ya debilitado no por la vejez, sino por las lágrimas, el santo varón - medio ciego y próximo ya a la muerte - extendió las manos sobre ellos, teniendo los brazos en forma de cruz por el amor que siempre había profesado a esta señal, y bendijo, en virtud y en el nombre del crucificado, a todos los hermanos, tanto presentes como ausentes.

Lm 7.5 A continuación pidió que se le leyera el pasaje del evangelio según San Juan que comienza así: Antes de la fiesta de pascua, para escuchar en esa palabra la voz de su amado que lo llamaba, de quien tan sólo le separaba la débil pared de la carne. Por fin, cumplidos en él todos los misterios, orando y cantando salmos, se durmió en el Señor este afortunado varón, y su alma santísima - liberada ya de las ataduras de la carne - se sumergió en el abismo de la claridad eterna.

Lm 7.5 En aquel mismo momento, un hermano y discípulo suyo, varón insigne por su santidad, vio subir derecha al cielo aquella dichosa alma bajo la forma de una estrella fulgentísima, transportada hacia arriba por una blanca nubecilla sobre un mar de agua. Efectivamente, aquella alma - brillante por el candor de su conciencia y la prerrogativa de sus virtudes - se remontaba a lo alto con tal empuje por la afluencia de gracias y de virtudes conformantes con Dios, que no se le podía retardar ni siquiera un momento la visión de la luz y de la gloria celestes.

Lm 7.6 Asimismo, el ministro a la sazón de los hermanos en la Tierra de Labor, de nombre Agustín, varón amado de Dios, que se encontraba a las puertas de la muerte y que tiempo atrás había perdido el habla, de pronto exclamó de forma que le oyeran que estaban presentes: Espérame, Padre que ya voy contigo. Al preguntarle admirados los hermanos a quién hablaba así, aseguró que veía ir al cielo al bienaventurado Francisco y nada más decir estas palabras, él mismo también descansó felizmente en paz.

Lm 7.6 En aquel mismo tiempo, el obispo de Asís había ido en peregrinación al santuario de San Miguel, sito en el monte Gargano. Estando allí, se le apareció, lleno de júbilo, el bienaventurado Francisco a la hora misma de su tránsito, y le dijo que dejaba, mundo y que se iba muy contento al cielo. Al levantarse a la mañana siguiente, el obispo refirió a los compañeros la visión que había tenido, y, vuelto a Asís, comprobó con toda certeza - tras una cuidadosa investigación - que a la misma hora en que se le presentó dicha visión había emigrado de este mundo el bienaventurado Padre.

Lm 7.7 Cuán eximia fuera la santidad de este preclaro varón de Dios - en su inmensa bondad - se dignó darlo a conocer mediante muchos y estupendos milagros realizados también después de su tránsito. En efecto, a su invocación y por sus méritos la fuerza todopoderosa de Dios, otorgó vista a los ciegos, oído a los sordos, la palabra a los mudos, el andar a los cojos, el sentido y movimiento a los paralíticos; restituyó una completa salud a los miembros áridos, contraídos y rotos, libertó a los encarcelados condujo a puerto de salvación a los naufragos, facilitó el alumbramiento a las que peligraban en el momento del parto, ahuyento los demonios de los cuerpos posesos; finalmente, concedió limpieza y sanidad a los que padecían flujo de sangre y a los leprosos, hizo recobrar el perfecto estado de salud a los mortalmente heridos y, lo que todavía es mucho más prodigioso que todo eso, devolvió la vida a muertos.

Lm 7.8 Innumerables son también los beneficios de Dios que por su intercesión no cesan de derramarse a raudales en diversas partes del mundo; yo mismo, que he descrito todo lo anterior, lo he comprobado por propia experiencia en mi persona. Pues, estando muy gravemente enfermo cuando aún era niño pequeño, mi madre hizo una promesa en favor mío al bienaventurado padre Francisco, y me libré de las fauces de la muerte, quedando completamente restablecido. Y, conservando un vivo recuerdo de ello, ahora lo confieso sincera y abiertamente, no sea que, silenciando tamaño beneficio, se me tache de crimen de ingratitud.

Lm 7.8 Recibe, pues, Padre bienaventurado - aunque pobres y por mucho inferiores a tus méritos y beneficios -, nuestras acciones de gracias, y, cuando acojas nuestros votos, excusa

nuestras culpas y ruega para que tus fieles devotos se vean libres de los males presentes y lleguen a los bienes eternos.

Lm 7.9 Para concluir el tema con un epílogo que sea como una recapitulación de todo lo anteriormente escrito: quienquiera haya leído estas reflexiones, considere finalmente que la conversión del bienaventurado Francisco, acaecida de modo maravilloso; su eficacia en la predicación de la palabra divina, la prerrogativa de sus excelsas virtudes, su espíritu de profecía, unido a la inteligencia de las Escrituras; la obediencia de las criaturas irracionales, la impresión de las sagradas llagas y su glorioso tránsito de este mundo al cielo son como siete testimonios que muestran y confirman claramente ante el mundo entero que Francisco - como preclaro heraldado de Cristo, que lleva en sí mismo el sello de Dios vivo - es digno de veneración por su ministerio, auténtico en doctrina y admirable por su santidad.

Lm 7.9 Que le sigan, pues, seguros quienes salen de Egipto, porque, dividido el mar con el báculo de la cruz de Cristo, atravesarán el desierto, pasando el Jordán de la mortalidad, para entrar - gracias al prodigioso poder de la misma cruz - en la tierra prometida de los vivientes, donde se digne introducirnos, por los sufragios del bienaventurado Padre, el ínclito salvador y guía Jesús, a quien con el Padre y el Espíritu Santo en trinidad perfecta sea dada toda alabanza, honor y gloria por los siglos de los siglos Amén.